

Ludovico Ariosto (1474-1533), el cantor de la furia de Orlando



Ariosto nació en **Reggio** y murió en **Ferrara**. Siempre estuvo al servicio de la familia ducal de **Ferrara**, los **Este**. Su vida transcurrió en este servicio y en la escritura y reedición de su obra maestra, **Orlando furioso**. Para el **cardenal Ippolito d'Este** y, después, para su hermano el **duque Alfonso d'Este** hizo **Ariosto** muchos quehaceres: embajadas ante el **Papa**, gobierno de **Garfagnana**, trajines domésticos.

De **Ariosto** son apreciadas sus **comedias** y sus siete **Sátiras** son reconocidas por su gracejo. Pero sin duda la obra de su vida, a la que consagró todo su talento, reeditándola y corrigiéndola edición tras edición (1516, 1521, 1532) fue el **Orlando furioso**. Él mismo reconocía que continuaba el

Innamoramento de Orlando de **Matteo Maria Boiardo**. Es decir, situando la acción en el marco de la guerra entre francos y sarracenos, su poema cuenta los amores de **Orlando** (o **Roldán**) por **Angélica** y del moro **Ruggiero** por la cristiana **Bradamante**. A esta trama principal se le unen muchos **episodios** románticos y caballerescos, así como encomios a la **casa de Este**, haciendo el autor gala de una gran **fantasía** y variedad: desde las escenas de magia hasta los combates prodigiosos o los momentos de humor.

ORLANDO FURIOSO Canto I

Las damas, héroes, armas, el decoro,
amor, audaces obras ahora canto
del tiempo en que pasó de África el moro
cruzando el mar, y a Francia sumió en llanto,
siguiendo el juvenil furor a coro
de Agramante su rey, que henchido, y cuánto,
quiso vengar la muerte de Troyano
en Carlomagno, emperador romano.

Diré también de Orlando paladino
cosa no dicha nunca en prosa o rima,
pues loco y en furor de amor devino
hombre que antes gozó por sabio estima;
sí de esa que me trae casi en tal tino
que el poco ingenio a ras a ras me lima,
me es concedido verso limpio y neto
que me baste a cumplir cuanto hoy prometo.

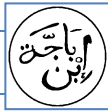
Os plegue, hercúlea prole generosa,
ornato y esplendor del siglo nuestro,
Hipólito, aceptar esto que osa
y daros sólo alcanza un siervo vuestro.
Toda merced, toda benigna cosa
quiéroos pagar con obra de mi estro:
no me culpéis de que sea pobre el modo,
pues, cuanto os puedo dar, así os doy todo.

Entre la flor de la caballería
que un tiempo hubo y mi rima hoy atestigua,
oiréis de aquel Rogelio que fue un día
de vos y vuestros padres cepa antigua.
De sus hazañas y alta valentía
sabréis si ahora atendéis mi pluma exigua,
y un poco del trabajo hacéis descanso,
de suerte que en mi historia halléis remanso.

Orlando, que gran tiempo enamorado
de Angélica marchó; y por sus deseos
en tártaro y en indio y medo estado
había dejado atrás sin par trofeos,

con ella había a Poniente regresado
donde a pie de los montes Pirineos
con francos y alemanes que regía
su campamento Carlomagno había,
para hacer que Agramante y que Marsilio
lamentasen la fiera y loca saña
de haber traído el uno por su auxilio
cuanto apto era en África a campaña,
y haber armado el otro en tal concilio
contra el reino francés la mora España.
Llegó, pues, a propósito al suceso,
mas presto se dolió de su regreso;
porque le fue su dama arrebatada:
¡cómo a menudo el juicio humano yerra!
La que de Hesperia a la oriental morada
había amparado con tan larga guerra,
ahora entre sus amigos, sin espada,
se la arrebatan en su misma tierra.
Fue el sabio Carlos quien le hurtó la dama,
para apagar una encendida llama.

Había trabado poco antes disputa
con su primo Reinaldo el conde Orlando,
pues ambos por beldad tan absoluta
de ciego amor se estaban abrasando.
Carlos, que la quisió mala reputa,
pues dos héroes malogra de su bando,
esta doncella, que la causa era,
dejó en custodia al duque de Baviera;
en premio prometiéndola al que de estos
en ese asalto, en esa gran jornada
matase mayor número de opuestos
e hiciese obra más digna por su espada.
Salieron del revés sus presupuestos,
que en fuga huyó la gente bautizada,
y entre muchos fue el duque aprisionado,
quedando el pabellón abandonado.



Del cual la dama (pues que allí se viera
por premio del que fuese más valiente)
huyó antes del caso a la carrera
sobre un caballo que topó de frente,
previendo que aquel día adversa fuera
la instable Suerte a la cristiana gente.
Entró en un bosque, y luego en el sendero
a pie acercarse vio a un caballero.

Calado el yelmo, la coraza puesta,
la espada al cinto, y a su brazo escudo,
más ligero corría por la floresta
que en pos del palio va el gañán desnudo.
Tímida pastorcilla el pie tan presta
jamás volver ante la sierpe pudo,
como del freno Angélica atrás tira,
cuando el guerrero que se acerca mira.

Era el infante el paladín gallardo,
señor de Montalbán y de Aimón hijo,
al que hurtado le fue el corcel Bayardo
por caso que ahora es narrar prolijo.
Al verla, aunque de lejos, no fue tardo
en conocer con sumo regocijo
el gesto y bella faz divina y leda
que en la amorosa red lo trae y enreda.

La dama vuelve su montura presta,
y por la selva en frenesí se arroja;
ni ya en rala ni en densa floresta
la senda más segura y franca antoja;
mas, pálida, temblando y descompuesta
deja al caballo que la senda escoja.
De un lado a otro por la selva fiera
tanto vagó, que vino a una ribera.

Allí a Ferragús halla a destiempo
de polvo lleno y todo sudoroso.
De la batalla lo apartó ha ya tiempo
deseo de beber y hacer reposo;
mas resta, a su pesar, del contratiempo
de ver que por beber avaricioso
cayó el yelmo en el río por descuido
y aún de él rescatarlo no ha podido.

Todo lo fuerte que gritar podía,
gritaba la doncella horrorizada.
Se alza ante esta nueva gritería
el árabe, y veloz echa mirada;
y al punto ve a la hermana de Argalía,
que, aunque es del miedo pálida y turbada
y ha ya tiempo que nada escucha de ella,
la sabe al punto Angélica la bella.

Y, porque era cortés y asaz parece
no menos que los dos primos él arda,
toda merced de que es capaz le ofrece
y, aun sin el yelmo, a dar favor no tarda;

toma el arma y furioso comparece
donde de él poco el franco se acobarda.
Otras veces se habían no ya tratado,
mas ya en las armas visto y ya probado.

Trabaron, pues, una crüel batalla,
a espadas, pues a pie la lucha era;
no ya el arnés, no ya la fina malla,
el yunque tales golpes no sufriera.
Y, en tanto uno con otro así se halla,
mejor será que el palafrén refiera,
que, cuanto el bruto a cabalgar alcanza,
al bosque y la campaña ella lo lanza.

Después de fatigarse un tiempo en vano
tratando ambos que el otro caiga al prado
(pues no era menos con el arma en mano
éste que aquel o aquel que éste avezado),
quiso primero el paladín cristiano
hablar al español moro esforzado,
como hombre que de fuego sufre asedio,
se abrasa todo y no encuentra remedio.

Y dijo así: «Quizás crees mía la ofensa,
mas tú también saldrás de esto ofendido:
si aquí me traes, porque la luz inmensa
del nuevo sol el pecho te ha encendido,
¿cuál crees que habrá de ser tu recompensa?
Por más que o me hayas muerto o reducido,
no será tuya la gentil doncella,
si, mientras nos cansamos, huye ella.

»Tanto mejor será, pues tú la quieres,
que atajes su camino y hagas vano,
y que a hacerlo esperar no más esperes,
antes que más se aleje de este llano.
Entonces, cuando a ella aquí tuvieres,
probemos de quién es espada en mano.
Después de tanto afán, no sé otra maña
que más nos favorece y menos daña.»

No disgustó al pagano la propuesta:
así aplazaron ambos hacer saldo;
y tanto el odio e ira así se arresta,
tal fianza y tregua nace y tal respaldo;
que el pagano al partirse a la floresta
no deja a pie marchar al buen Reinaldo;
antes le ruega que en la grupa salga
y allá adonde va Angélica cabalga.

¡Dichosa edad la de esos caballeros!
Rivales eran y en la fe reñidos,
y, aunque se sienten de los golpes fieros
por todo el cuerpo rotos y molidos,
por selvas intrincadas y senderos
juntos van sin sospecha o resentidos.
De cuatro espuelas va el bruto oprimido
hasta un trecho que en dos se ve partido.